



LABOR DE DISCORDIA

EL día que el general Angeles leyó en Cuchuverachi el telegrama que Francisco Villa le dirigió al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, pidiéndole que le permitiera al antiguo director del Colegio Militar se incorporara a la victoriosa División del Norte para que cooperara al ataque de Torreón, el competente artillero federal vió el cielo abierto. Se sentía humillado, molesto al lado del señor Carranza, no obstante las exquisitas atenciones que el Primer Jefe le guardaba, sin faltarle detalle alguno. Pero los discípulos del general Angeles, que pertenecían al Estado Mayor de la Primera Jefatura, veían a su maestro con desprecio y con altanería. Lo penoso era

que los más tontos y los más ignorantes, se mostraban los más despreciativos y altaneros. Irritaba, en verdad, contemplar tanto orgullo y tanta soberbia, anexos a los espíritus inferiores. Esa actitud hería y lastimaba profundamente al general Angeles, hombre delicado, que no encontraba la manera de renunciar el cargo de Subsecretario de la Guerra del gobierno de la revolución y de separarse del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Por eso le causó una gran alegría ver el telegrama dirigido al señor Carranza en que lo llamaba a su lado Francisco Villa. No pudo disimular su gozo. ¿Pero, que hizo el general Angeles algunas gestiones cerca del feroz guerrillero para ser llamado a la División del Norte? No lo creemos. Más bien todos los descontentos con el señor Carranza deben haber influido en el ánimo de Villa para que llamara a Chihuahua al Subsecretario de la Guerra. Estaban al tanto todos ellos de la situación del antiguo Director del Colegio Militar. Querían arrancarlo a toda costa del lado del Primer Jefe. Pero no solamente para hacerle un servicio al general Angeles, sino para valerse de él en la labor de di-

SENDERS

visión que se estaba llevando a cabo en las filas villistas.

El señor Carranza tan pronto como acabó de leer el telegrama por medio del cual demandaba Villa los servicios del general Angeles, inmediatamente dió su autorización para que el Subsecretario de la Guerra, se incorporara a la División del Norte. El Primer Jefe, siempre tan cauto y reposado, un momento después quiso revocar su acuerdo. Pero era ya tarde. El general Angeles se había marchado en un automóvil para atravesar la línea divisoria. Iba radiante de júbilo. Pocos días después la División del Norte ocupaba la plaza de Torreón y triunfaba en el heroico combate de San Pedro de las Colonias. Después de esta brillante acción militar, el Primer Jefe ascendió a general de brigada a su Subsecretario de Guerra. El general Angeles le dirigió al señor Carranza una carta lacónica y fría como un granizo. "Más valía que no me hubiera usted ascendido" — le decía. Y no daba más explicaciones de su extraña actitud. Ni siquiera le daba en esa carta al señor Carranza el tratamiento de Primer Jefe de la Revolución. El sumiso y humillado de antes, se había transfigurado ahora. La

lucha iba a continuar sin embozo ni miramientos.

Tan pronto como Villa recuperó el Saltillo, regresó a Chihuahua. Desde la capital de ese Estado dictó inmediatamente sus órdenes para que se procediera a la aprehensión de los empleados federales que aún permanecían en Ciudad Juárez. El ingeniero Pascual Ortiz Rubio tuvo conocimiento oportuno de esas órdenes, y pasó la línea divisoria para evitar el atropello. No pudieron escaparse Pérez Abreu, Serapio Aguirre, don Urbano Flores, y veinte empleados más de la Aduana y de la oficina telegráfica. En un carro del ferrocarril fueron sacados de Ciudad Juárez rumbo al sur. En el escape de Tierra Blanca se detuvo el convoy. Allí permaneció tres días con todos aquellos empleados detenidos, vigilados por una escolta, llenos de zozobras y de inquietudes, sin comer, sin dormir, pensando en la suerte que correrían en las garras de aquellos hombres feroces, dispuestos a cumplir las órdenes de Villa por más atrabiliarias que fuesen, sin meditar siquiera que esos prisioneros eran sus correligionarios, que no tenían ninguna responsabilidad, que esta-

SENDEROS

ban luchando bajo los pliegues de una misma bandera.

Esos empleados estaban en rehenes. El terrible guerrillero había enviado una comisión al Saltillo, presidida por don Silvestre Terrazas, para que hablara con el Primer Jefe; y cuando Villa tuvo conocimiento de que el señor Carranza había recibido y tratado bien a los representantes de la División del Norte, entonces dió órdenes para que los empleados federales que permanecían detenidos en Tierra Blanca fueran conducidos a Chihuahua.

Con Villa era difícil hablar de la situación política. Era más difícil aún hacerle reproches de su conducta. Así lo comprendieron Pérez Abreu, Serapio Aguirre y don Urbano Flores. Dejaron, pues, transcurrir los días, procurando por cuantos medios estaban a su alcance hacerse gratos al célebre guerrillero, para no despertar sospechas ni suspicacias. Era muy delicada la situación de todos ellos. ¿Pero qué hacer? ¿Con quién hablar para prevenir males mayores y dificultades más hondas? Lograron intimar con el general Angeles, hombre educado, culto, con quien se podían discutir libremente todas las cuestiones por más arduas y peligrosas

que fueran. Un día Pérez Abreu habló a solas con él acerca del grave asunto que preocupaba a todos los revolucionarios conscientes. Y le habló con entereza, con patriotismo, con sinceridad.

—Debe hacer todo lo que usted pueda—dijo al general Angeles—para impedir que rompan definitivamente la Primera Jefatura y la División del Norte, porque esto acarrearía infinidad de dificultades.

—Todo es inútil—contestó el general Angeles.—Y nada puede hacerse para impedir esa división. Hay un abismo entre Carranza y Villa, y, además, yo soy de carne y hueso. Ese hombre me ha humillado, natural es que yo reaccione en contra de él, y este es el momento indicado para obrar.

De nada valieron reflexiones. La situación era terrible, y de un momento a otro se romperían las hostilidades. Podía suceder todo, pero la verdad es que el señor Carranza jamás humilló al general Angeles. Le guardó consideraciones verdaderamente exquisitas. Fué llamado de París para que se incorporara a la Revolución. Aceptó con todo gusto, y se le situó dinero para que hiciera el viaje. Llegó a Nogales en el mes de octubre de 1913, e in-

mediatamente el Primer Jefe le ofreció el Ministerio de la Guerra. Como los generales Obregón, Hill, Diéguez, Iturbe y otros, protestaron desde El Fuerte, Sin., por ese nombramiento, el señor Carranza se vió obligado a mandarle decir al general Angeles, con el licenciado Francisco Escudero, que ya no podía nombrarlo Ministro, sino Subsecretario, encargado del despacho, sin alguna otra explicación. La única falta cometida por el Primer Jefe de la Revolución fué no haberle hablado al antiguo director del Colegio Militar con absoluta franqueza. Haberle mostrado el mensaje de los militares que protestaban por su nombramiento. Pero ese acto entrañaba una insubordinación, o cuando menos un hecho poco respetuoso para la Primera Jefatura. Natural fué que el señor Carranza no lo dejara traslucir. Ni mucho menos al Subsecretario de la Guerra, por motivos de orden o de disciplina.

El mismo general Angeles debió comprender la situación del señor Carranza, que había recibido al inteligente artillero como no recibió a nadie, absolutamente a nadie, con toda clase de atenciones y consideraciones. El licenciado Cabrera estaba dolido y lastimado por la frialdad con

que fué recibido por el señor Carranza; a tal grado, que en dos ocasiones cogió sus maletas y se marchó a los Estados Unidos, sin ocultar su enojo, sin esconder su contrariedad. ¡Y eso que pensaba lo mismo que el Primer Jefe de la Revolución en todo lo relativo a la política general!

A fines del mes de noviembre de 1913, llegó el licenciado Cabrera a Hermosillo. En la primera conferencia celebrada con el Jefe de la Revolución, estuvo presente el general Angeles, quien, al abandonar la casa donde estaba instalada la Primera Jefatura, salió diciendo con una maliciosa sonrisa: "Cabrera trae el mismo plan, el mismo programa que nos ha delineado el señor Carranza." Pero ni aun así logró romper el hielo de su recibimiento. A fe que para recibir al general Angeles el señor Carranza nombró un representante para que fuera en automóvil a Tucson a darle la bienvenida en su nombre, y al llegar a Nogales, se le acogió con todo cariño y cordialidad.